

## **CAPÍTULO 1. EL ARTE DE LOS RUIDOS. MANIFIESTO FUTURISTA\***

Desde el comienzo, el arte musical buscó y obtuvo la pureza y la dulzura del sonido, después amalgamó sonidos diferentes preocupándose por acariciar con armonías suaves el oído. Hoy, el arte musical, complejizándose todo el tiempo, busca las combinaciones de sonidos más disonantes, más extrañas y más ásperas para el oído; se acerca así un poco más al *sonido-ruido*.

### **Esta evolución de la música es paralela a la multiplicación de las máquinas.**

Las máquinas llegaron para colaborar con el hombre, y no solo en las atmósferas fragorosas de las grandes ciudades, sino también en los campos, que normalmente, hasta ayer, se caracterizaron por ser silenciosos. Hoy la máquina creó tanta variedad y concurrencia de ruidos que el sonido puro, en su exigüidad y monotonía, ya no suscita emoción.

Para provocar y exaltar nuestra sensibilidad, la música fue desarrollándose en torno a una polifonía más compleja y a una mayor variedad de timbres y colores instrumentales; buscó sucesiones de acordes disonantes más difíciles y preparó, vagamente, la creación del RUIDO MUSICAL. Esta evolución respecto del sonido-ruido hasta el momento era inconcebible. El oído de un hombre del siglo XVIII no hubiera podido soportar jamás la intensidad enarmónica de ciertos acordes producidos por nuestras orquestas (que triplican el número de intérpretes respecto de las de entonces). En cambio, nuestro oído hoy se complace: educado por la vida moderna, es pródigo en ruidos diversos. Sin embargo, no se contenta y reclama siempre emociones acústicas más y más intensas.

(...)

No podemos ver ese enorme aparato de fuerzas que representa una orquesta moderna sin sentir una profunda desilusión delante de sus mezquinos resultados acústicos. ¿Conocen un espectáculo más ridículo que el de veinte hombres obstinados en redoblar el maullido de un violín? Todo esto naturalmente hará chillar a los melómanos y despabilará –tal vez– la atmósfera soñolienta de las salas de conciertos. Entremos juntos, como futuristas, en uno de esos hospitales de sonidos anémicos. Ahí están: el primer compás rápidamente remite al oído el aburrimiento de algo ya escuchado y anticipa el tedio del compás que sigue. Saboreamos así, de compás en compás, dos o tres tipos de aburrimiento, esperando siempre la sensación extraordinaria, que nunca llega. Mientras tanto, se produce una mezcla repugnante formada por la monotonía de las sensaciones y la cretina conmoción religiosa de los escuchas, budísticamente ebrios de repetir por milésima vez su éxtasis más o menos esnob y heredado. ¡Vamos, salgamos! Porque a la larga no vamos a poder frenar en nosotros el deseo de crear una nueva realidad musical que cachetee y mande a volar violines, pianos, contrabajos y órganos gemebundos. ¡Salgamos!

No se puede negar que el ruido puede ser fuerte y desagradable para el oído. Me parece inútil enumerar todos los ruidos tenues y delicados que producen sensaciones acústicas placenteras. Para convencerse entonces de la sorprendente variedad de ruidos, basta con pensar en el fragor del trueno, en el silbido del viento, en el rugido de una cascada, en el gorgoteo de una corriente, en el crujido de las hojas, en el trote de un caballo que se aleja, en las sacudidas raquílicas que produce un auto sobre el asfalto, en la respiración plena, solemne y pura de una ciudad nocturna, en todos los ruidos que hacen el ganado y los animales domésticos y en aquellos que puede hacer la boca del hombre sin hablar o cantar siquiera.

Atravesemos una gran capital moderna con los oídos más atentos que los ojos y gocemos distinguiendo los reflujos de agua, de aire o de gas en los tubos metálicos, el mascullar de los

motores que respiran y laten con una animalidad indiscutible, la palpitación de las válvulas, el vaivén de los pistones, el chillido de las sierras mecánicas, los saltos del tranvía sobre los rieles, el restallido de los látigos, el aleteo de los toldos y de las banderas. Nos divertiremos al orquestar juntos en nuestra imaginación el estallido de las persianas de los negocios, las sacudidas de las puertas, el bullicio y peregrinaje de la multitud, los distintos rugidos de las estaciones, las herrerías, las hilanderías, las imprentas, las centrales eléctricas y los ferrocarriles subterráneos.

## **CAPÍTULO 2. POLÉMICAS, BATALLAS Y PRIMERAS EJECUCIONES DE LOS INTONARUMORI**

La noche fue verdaderamente memorable y hubo quienes la describieron de un modo brillante. Me parece interesante reproducir aquí la descripción que hizo un corresponsal francés:

«Sobre el escenario, veintitrés intonarumori, o sea, veintitrés extrañísimas cajas de colores vivos y diversos, erizadas de tubos, manivelas y palancas. Detrás de cada uno, un músico, pálido ante la inminencia de la batalla. En el centro del escenario, Luigi Russolo, flaco, ágil, de smoking, rostro puntiagudo, barba rojiza en punta, domina todo con la batuta, listo para dar la primera indicación.

A la derecha, rápidamente vemos, firmes y listos para la defensa, a sus compañeros futuristas en un grupo cerrado, en el cual se destaca Marinetti, que avanza hacia al frente. En la sala, enorme locura. Palcos, plateas, pasillos desbordados. En el más absoluto silencio, con un acento vibrante, Marinetti le pide al público la buena fe necesaria para juzgar el gran descubrimiento artístico de Russolo. Sus palabras firmes y teñidas de amenazas sutiles son muy aplaudidas. Pero después de unos pocos compases de la primera espiral de ruidos, *Despertar de una ciudad*, los tradicionalistas, que habían estado conteniéndose, quieren interrumpir la ejecución a toda costa. El estruendo resulta ensordecedor; los futuristas resisten impasibles durante una hora... la ejecución de las espirales continúa.

Al principio de la tercera pieza sucede algo extraordinario: Marinetti, Boccioni, Armando Mazza y Piatti desaparecen del escenario y emergen desde el foso de la orquesta, lo atraviesan corriendo y se lanzan entre las butacas sorprendiendo a piñas, cachetadas y bastonazos a los innumerables tradicionalistas, borrachos de tradición e imbecilidad. La batalla dura en la platea alrededor de media hora, mientras Luigi Russolo, imperturbable, continúa dirigiendo sobre el escenario su orquesta de intonarumori.

Formidable simultaneidad de caras ensangrentadas y de enarmonías ruidosas en un estruendo infernal. La batalla de *Hernani* era insignificante al lado de esta.

Hasta ese día, todas las batallas futuristas se llevaron a cabo en las calles, en los pasillos de los teatros y después de los espectáculos. Esta vez, después de haber estado durante una hora sobre el escenario, los músicos se dividieron improvisadamente en dos grupos, uno de los cuales continuó haciendo arte sobre el escenario, mientras el otro bajaba de la platea a atacar y desafiar a un público hostil que no paraba de silbar. Como la escolta de una caravana se defiende de los Tuaregs del desierto, como la infantería, en desorden, toma posiciones para defender la construcción de un puente militar.

Los futuristas –boxeadores muy entrenados– resultaron ilesos, tal vez se llevaron algún que otro rasguño. Los tradicionalistas se fueron con once heridos directamente a la guardia médica».

**\* FRAGMENTOS EXTRAÍDOS DE EL ARTE DE LOS RUIDOS, DOBRA ROBOTA EDITORA, 2018**